

Desde entonces, poco o muy poco había vuelto a saber de Padilla y una serie de amigos que, como Virgilio, Rodríguez Feo, Lezama, Arrufat, Walterio Carbonell o Pablo Armando Fernández, parecían directamente afectados por las denuncias de Verde Olivo y la UNEAC y la aprobación del poder cultural por parte de ese grupo de arribistas desenfadados que se habían distinguido tres años antes por sus absurdas y lamentables invectivas contra Neruda. El número de viajeros de

confianza se había reducido considerablemente desde el eclipse de Franqui y los recados o cartas en clave que a veces recibía sugerían ya ese clima de desconfianza casi paranoica tan elocuentemente descrito por Jorge Edwards en su controvertido relato: el proyecto justiciero y fraterno de Marx había sucedido a no dudar la tangibilidad del universo de Orwell.

La vida (a)leve

LA MEMORIA

—Valdría la pena poner alguna placa conmemorativa —dijo el Gallo.

—Bueno, pero yo no recuerdo nada. Casi no tengo memoria —se apenó el Zorro. —¿Y tú? —se dirigió a mí.

—Yo recuerdo varias cosas. A veces esto, a veces aquello, pero las más de las veces nada especial.

—¿Como qué?

—Se me fue.

—Es la mejor prueba de que una placa conmemorativa es necesaria —afirmó el Gallo. —Sin ella ustedes no recuerdan nada.

—Pero ¿a qué dedicamos la placa, si nadie de nosotros recuerda nada más?

—No importa. Vamos a poner una placa conmemorativa en blanco.

—¿Qué quiere decir eso?

—Al portador. Nosotros ponemos la placa y cada uno que la mire recordará lo que quiera. Lo más importante es que sea una placa.

Dicho y hecho. Pusimos una placa muy hermosa. En ella hay grabada una inscripción: "En memoria de", y tres puntos suspensivos.

Salió muy bonito. Al otro día regresamos para ver cómo funcionaba.

Frente a la placa estaban parados dos.

—¿Ustedes pusieron esta placa?

—Sí. Es linda, ¿no?

—Hagan el favor de acompañarnos.

Nos condujeron a una oficina. No era la oficina de correos.

—Ustedes pusieron la placa en memoria de esto que no se debe.

—No tanto. La placa es, pues, en memoria de quien se quiera.

—Nosotros sabemos bien qué se quiere.

—Pero pueden ser varias cosas. No todos quieren lo mismo.

—Nosotros ya sabemos bien qué quieren todos.

—En este caso nosotros queremos totalmente lo contrario.

—¿Qué contrario?

—Lo contrario de lo que ustedes piensan que nosotros queremos.

—Nosotros ya sabemos qué quisieron ustedes.

—Justamente. Y nosotros al revés.

—¿Qué al revés?

—Al revés de eso que ustedes tienen en mente que nosotros tuvimos en mente.

—Ajá, es decir que reconocen que tuvieron algo en mente.

—Sí, pero lo otro.

—¿Sin subterfugios! Para pensar lo otro, antes hay que pensar eso.

—¿Qué?

—Eso. Precisamente lo que no se debe.

Tuvimos que darles la razón aunque éramos inocentes. La lógica es la lógica.

Nos pusieron en libertad a condición de que no pensáramos en general. De regreso pasamos cerca de la placa. Pero la placa ya no estaba.

—¿Piensas en algo? —me preguntó el Zorro a media voz.

—¡Yo, ni modo! —contesté en voz alta. —¿Tal vez el Gallo?

—Yo pienso... —empezó el Gallo, también en voz alta.

—Pues, mejor lo dejas —le interrumpió el Zorro con un susurro.

—¿Por qué? —se opuso el Gallo en voz alta. —Yo sólo pienso por mí mismo que sería bueno poner una placa conme...

No pudo terminar porque el Zorro le tapó el pico con su pata. Sin embargo, el Gallo logró liberarse con gran energía.

—¿De qué se trata? —gritó parándose. —Yo solamente propongo poner una placa conmemorativa en memoria de la placa conmemorativa.

No logramos expresar nuestra opinión acerca de la propuesta porque se nos acercaron dos.

—¡No se paren ni hagan aglomeraciones! —dijeron. —¡Circulen, circulen!

Y circulamos, pues, circulamos.

Slawomir Mrozek

Traducción de Jerzy Kühn

Tomado de la revista *Kultura*. París, mayo de 1985